

Alice Kellen

Todo lo que nunca fuimos

Billogía Deja que ocurra 1

 **Planeta**

Estaba tumbado encima de la tabla de surf mientras el mar se mecía con suavidad a mi alrededor. Aquel día el agua cristalina parecía contenida dentro de una piscina infinita; no había olas, ni viento ni ruido. Podía oír mi propia respiración calmada y el chapoteo cada vez que hundía los brazos, hasta que dejé de hacerlo y tan solo permanecí allí, sin moverme, con la mirada clavada en el horizonte.

Podría decir que estaba esperando a que el tiempo cambiase para poder pillar una buena ola, pero sabía perfectamente que ese día no habría ninguna. O que pasaba el rato, algo que hacía a menudo. Pero recuerdo que lo que de verdad estaba haciendo era pensar. Sí, pensar en mi vida, en que tenía la sensación de haber alcanzado todas las metas y de haber ido cumpliendo un sueño tras otro. «Soy feliz», me dije. Y creo que fue el tono que resonó en mi cabeza, esa leve interrogación, lo que de repente me hizo fruncir el ceño, sin apartar la vista de la superficie ondulante. «¿Soy feliz?», cuestioné. No me gustó esa duda que pareció agitarse en mi cabeza, viva y reclamando mi atención.

Cerré los ojos antes de zambullirme en el mar.

Después, con la tabla de surf cargada bajo el brazo, regresé a casa caminando descalzo por la arena de la playa y el sendero plagado de malas hierbas. Abrí la puerta de un empujón, porque siempre estaba atascada por culpa de la humedad, dejé la tabla en la terraza trasera y entré. Coloqué una toalla doblada encima de la silla y no me vestí para sentarme delante de mi escritorio, que ocupaba todo un lado del salón y era caótico. Al menos, para cualquier persona cuerda. Para mí, era el orden en su máxima expresión. Papeles repletos de notas, otros con pruebas descartadas y el resto con trazos sin sentido. A la derecha, tenía un espacio más

despejado, con bolígrafos, lápices, pinturas; encima, un calendario con varios tachones en el que marcaba los plazos de entrega y, al otro lado, mi ordenador.

Repasé el trabajo acumulado y contesté un par de correos antes de decidir continuar con el proyecto que tenía entre manos, un folleto turístico de Gold Coast. Era básico, con una ilustración de una playa y olas de líneas curvas bajo las que surfeaban algunas sombras con poco detalle. Justo el tipo de encargo que más disfrutaba: sencillo, rápido de hacer y bien pagado y explicado. Nada de «improvisa» o «queremos tener en cuenta tus sugerencias», sino un simple «dibuja una puta playa».

Pasado un rato, me preparé un sándwich con los pocos ingredientes que quedaban en la nevera y me serví el segundo café del día, sin azúcar y frío. Estaba a punto de llevarme la taza a los labios cuando llamaron a la puerta. No era muy dado a recibir visitas inesperadas, así que dejé el café sobre la encimera de la cocina con el ceño fruncido.

Puede que, si en ese momento hubiese sabido todo lo que arrastrarían ese par de golpes, me hubiese negado a abrir. ¿A quién quiero engañar? Jamás podría haberle dado la espalda. Y habría ocurrido, de todos modos. Antes. Después. ¿Qué más da? Tenía la sensación de que, desde el principio, fue como jugar a la ruleta rusa con todas las balas cargadas; estaba destinado a que alguna me atravesase el corazón.

Todavía sostenía el marco de la puerta en la mano cuando supe que aquello no era una visita de cortesía. Me aparté para dejar que Oliver, taciturno y serio, entrase en casa. Lo seguí a la cocina preguntándole qué había ocurrido. Él ignoró el café y abrió el armario alto en el que guardaba las bebidas para coger una botella de brandy.

—No está mal para ser un martes por la mañana —dije.

—Tengo un jodido problema.

Esperé sin decir nada, aún vestido solo con el bañador que me había puesto al despertar. Oliver llevaba pantalón largo y una camisa blanca metida por dentro; el tipo de ropa que juró que jamás se pondría.

—No sé qué voy a hacer, no dejo de pensar alternativas, pero las he agotado todas y creo..., creo que te voy a necesitar.

Eso captó mi atención; principalmente porque Oliver nunca pedía favores, ni siquiera a mí, que era su mejor amigo desde antes de que aprendiese a andar en bicicleta. No lo hizo cuando vi-

vió el peor momento de su vida y rechazó casi toda la ayuda que le ofrecí, no sé si por orgullo, porque pensaba que era una molestia o porque quería demostrarse a sí mismo que podía hacerse cargo de la situación, por difícil que fuese.

Quizá por eso, no titubeé:

—Sabes que haré cualquier cosa que necesites.

Oliver se terminó de un trago la bebida, dejó el vaso dentro del fregadero y se quedó ahí, con las manos apoyadas a ambos lados.

—Me han destinado a Sídney. Es algo temporal.

—¿Qué cojones...? —abrí los ojos.

—Tres semanas al mes durante un año. Quieren que me encargue de supervisar la nueva sucursal que van a abrir y que vuelva cuando todo se estabilice. Me gustaría poder rechazar la oferta, pero, joder, me doblan el sueldo, Axel. Y ahora lo necesito. Por ella. Por todo.

Lo vi pasarse una mano por el pelo, nervioso.

—Un año no es tanto tiempo... —dije.

—No puedo llevármela. No puedo.

—¿Qué significa eso?

No nos engañemos, conocía muy bien las implicaciones que escondía aquel «no puedo llevármela» y se me secó la boca en respuesta porque sabía que no podía negarme, no cuando ellos eran dos de las personas que más quería en el mundo. Mi familia. No la que te toca, de esa iba bien servido, sino la que eliges.

—Sé que lo que te estoy pidiendo es un sacrificio para ti. —Sí que lo era—. Pero es la única solución. No puedo llevármela a Sídney ahora que ya ha empezado el curso, después de que perdiese el anterior, no puedo arrancarla en este momento de todo lo que conoce, vosotros sois lo único que nos queda, y serían demasiados cambios. Dejarla sola tampoco es una opción; tiene ansiedad y pesadillas, y no está..., no está bien; necesito que Leah vuelva a «ser ella» antes de que se vaya a la universidad este próximo año.

Me froté la nuca mientras imitaba los movimientos que Oliver había hecho minutos antes y abría el armario para sacar la botella de brandy. El trago me calentó la garganta.

—¿Cuándo te marchas? —pregunté.

—En un par de semanas.

—La hostia, Oliver.

Acababa de cumplir siete años cuando a mi padre lo despidieron del trabajo y nos mudamos a una ciudad bohemia llamada Byron Bay. Hasta entonces, siempre habíamos vivido en Melbourne, en el tercer piso de un bloque de edificios. Cuando llegamos a nuestro nuevo hogar, tuve la sensación de que era como estar permanentemente de vacaciones. En Byron Bay no era extraño ver a gente caminando descalza por las calles o el supermercado; se respiraba un ambiente relajado, casi sin horarios, y creo que me enamoré de cada uno de sus rincones antes incluso de abrir la puerta del coche y golpear con ella al niño con cara de malas pulgas que, a partir de entonces, iba a convertirse en mi vecino.

Oliver llevaba el pelo despeinado, la ropa holgada y parecía un salvaje. Georgia, mi madre, solía relatar ese momento con frecuencia, en las reuniones familiares, cuando se tomaba una copa de vino de más, diciendo que estuvo a punto de cogerlo y arrastrarlo a nuestra nueva casa para darle un baño de espuma. Por suerte, los Jones salieron justo cuando ella ya estaba sujetándolo por la manga de la camiseta. Lo soltó en cuanto comprendió que tenía enfrente la raíz del problema. El señor Jones, sonriente y con un poncho manchado de pintura de colores, le tendió una mano. Y la señora Jones la abrazó, dejándola congelada en el sitio. Mi padre, mi hermano y yo nos reímos al ver la estupefacción que cruzaba su rostro.

—Imagino que sois los nuevos vecinos —dijo la madre de Oliver.

—Sí, acabamos de llegar —mi padre se presentó.

La charla se alargó unos minutos más, pero Oliver no parecía demasiado interesado en darnos la bienvenida, así que, con cara de aburrido, vi cómo se sacaba del bolsillo un tirachinas y una piedra, y apuntaba con él a mi hermano Justin. Acertó a la primera. Yo sonreí, porque supe que íbamos a llevarnos muy bien.

«Here comes the sun, here comes the sun»; la melodía de esa canción se repetía en mi cabeza, pero no había rastro de ese sol en los trazos negros que plasmaba sobre el papel. Solo oscuridad y líneas rectas y duras. Noté cómo el corazón empezaba a latirme más rápido, más sofocado, más caótico. Taquicardia. Arrugué la hoja, la tiré y me tumbé en la cama llevándome una mano al pecho e intentando respirar..., respirar...

AXEL

Bajé del coche y subí los escalones de la entrada del hogar de mis padres. La puntualidad no era lo mío, así que llegué el último, como todos los domingos de comida familiar. Mi madre me recibió peinándome con los dedos y preguntándome si ese lunar que tenía en el hombro estaba ahí la semana pasada. Mi padre puso los ojos en blanco cuando la oyó y me dio un abrazo antes de dejarme entrar en el salón. Una vez allí, mis sobrinos se lanzaron a mis piernas, hasta que Justin los apartó tras prometerles una chocolatina.

—¿Sigues con los sobornos? —pregunté.

—Es la única técnica útil —contestó resignado.

Los gemelos se rieron por lo bajo y tuve que hacer un esfuerzo para no unirme a ellos. Eran diablos. Dos diablos encantadores que se pasaban el día gritando «Tío Axel, súbeme», «Tío Axel, bájame», «Tío Axel, cómprame esto», «Tío Axel, pégate un tiro», y ese tipo de cosas. Eran la razón por la que mi hermano mayor se estaba quedando calvo (aunque él nunca admitiría que usaba productos para evitar la caída del cabello) y por la que Emily, esa chica con la que empezó a salir en el instituto y que terminó convirtiéndose en su mujer, se había refugiado en la comodidad de vestir mallas y sonreír cuando alguno de sus retoños le vomitaba encima o decidía pintarrajearle la ropa con rotulador.

Saludé a Oliver con un gesto vago y me acerqué hasta Leah, que estaba delante de la mesa puesta, con la mirada fija en el dibujo de la enredadera que surcaba el borde de la vajilla. Alzó la vista hacia mí cuando me senté a su lado y le di un codazo amistoso. No respondió. No como lo habría hecho tiempo atrás, con esa sonrisa que le ocupaba todo el rostro y que era capaz de iluminar una habitación entera. Antes de que pudiese decirle algo, mi padre apareció sosteniendo una

bandeja con un pollo relleno que dejó en el centro de la mesa. Ya estaba mirando a mi alrededor consternado cuando mi madre me tendió un bol con un salteado de verduras. Le sonreí agradecido.

Comimos sin dejar de hablar de esto y de aquello; de la cafetería de la familia, de la temporada de surf, de la última enfermedad contagiosa que mi madre había descubierto que existía. El único tema que no se tocó fue el que flotaba en el ambiente por mucho que evitásemos prestarle atención. Cuando llegó la hora del postre, mi padre se aclaró la garganta y supe que se había cansado de fingir que no ocurría nada.

—Oliver, muchacho, ¿lo has pensado bien?

Todos lo miramos. Todos menos su hermana.

Leah no apartó los ojos de la tarta de queso.

—La decisión está tomada. Pasará rápido.

Con gesto teatral, mi madre se levantó y se llevó la servilleta a la boca, pero no pudo ocultar el sollozo y se alejó hacia la cocina. Negué con la cabeza cuando mi padre quiso seguirla y me ofrecí a calmar la situación. Suspiré hondo y me apoyé en la encimera junto a ella.

—Mamá, no hagas esto, no es lo que necesitan ahora...

—No puedo evitarlo, hijo. Esta situación es insoportable. ¿Qué más puede pasar? Ha sido un año terrible, terrible...

Podría haber dicho cualquier mierda como «no es para tanto», o «todo se arreglará», pero no tuve valor porque sabía que no era cierto, ya nada podía ser igual. Nuestras vidas no solo cambiaron el día que los señores Jones murieron en aquel accidente de tráfico, sino que pasaron a ser otras vidas, diferentes, con dos ausencias que estaban siempre presentes con fuerza, como una herida que supura y no llega a cerrarse nunca.

Desde el día que pusimos un pie en Byron Bay, habíamos sido una familia. Nosotros. Ellos. Todos juntos. A pesar de todas las diferencias: de que los Jones amanecían cada día pensando solo «en el ahora» y mi madre pasaba cada minuto preocupándose por el futuro; de que unos eran artistas bohemios acostumbrados a vivir en la naturaleza y otros tan solo conocían la vida en Melbourne; de los síes y los noes que se alzaban a la vez ante una misma pregunta; de las opiniones contrarias y de los debates que duraban hasta las tantas cada vez que cenábamos juntos en el jardín...

Habíamos sido inseparables.

Y ahora todo estaba roto.

Mi madre se enjugó las lágrimas.

—¿Cómo se le ocurre dejarte a cargo de Leah? Nosotros podríamos haber buscado alternativas, como hacer una reforma rápida en el salón y dividirlo en dos habitaciones, o comprar un sofá cama. Sé que no es lo más cómodo y que necesita tener su espacio, pero, por lo que más quieras, tú no puedes cuidar ni de una mascota.

Alcé una ceja un poco indignado.

—De hecho, tengo una mascota.

Mi madre me miró sorprendida.

—Ah, sí, ¿y cómo se llama?

—No tiene nombre. Aún.

En realidad, no era «mi mascota», yo no era muy dado a tener seres vivos «en propiedad», pero, de vez en cuando, una gata tricolor delgaducha y con cara de odiar a todo el mundo aparecía en mi terraza trasera pidiendo comida y yo le daba las sobras del día. Algunas semanas se pasaba tres o cuatro veces, y otras ni siquiera se molestaba en acercarse.

—Esto va a ser un desastre.

—Mamá, tengo casi treinta años, joder, puedo cuidar de ella. Es lo más razonable. Vosotros estáis todo el día en la cafetería, y cuando no es así, tenéis que quedaros a cargo de los gemelos. Y no va a dormir durante un año en el salón.

—¿Qué comeréis? —insistió.

—Comida, coño.

—Esa boca, hijo.

Me di la vuelta y salí de la cocina. Volví al coche, cogí el paquete de tabaco arrugado que guardaba en la guantera y me alejé un par de calles. Sentado en el bordillo de una acera baja, me encendí un cigarro con la mirada fija en las ramas de los árboles que agitaba el viento. Aquel no era el barrio en el que habíamos crecido, ese en el que nuestras familias se entrelazaron hasta convertirse en una sola. Las dos propiedades se habían puesto a la venta; mis padres se habían mudado a una casa pequeña de una sola habitación en el centro de Byron Bay, quedaba muy cerca de la cafetería que habían abierto más de veinte años atrás, cuando nos asentamos aquí. Tampoco tenían ninguna otra razón por la que seguir viviendo a las afueras cuando Justin y yo nos habíamos ido, habían perdido a sus vecinos, y Oliver y

Leah se habían trasladado a la casa que él había alquilado al independizarse poco después de que los dos volviésemos de la universidad.

—Pensaba que ya no fumabas.

Entrecerré los ojos por el sol cuando levanté la cabeza hacia Oliver. Expulsé el humo del cigarrillo mientras él se sentaba a mi lado.

—Y sigo sin hacerlo. Un par de cigarrillos al día no es fumar. No como el resto de la gente que sí lo hace, al menos.

Él sonrió, me quitó uno del paquete de tabaco y se lo encendió.

—Te he metido en un buen lío, ¿no?

Supongo que estar de repente a cargo de una chica de diecinueve años que no se parecía en nada a la niña que había sido, sí, podía considerarse «un lío». Pero entonces recordé todo lo que Oliver había hecho por mí. Desde enseñarme a montar en bicicleta hasta dejar que le partiesen la nariz cuando se metió en una pelea por mi culpa mientras estudiábamos en Brisbane. Suspiré y apagué el cigarrillo en el suelo.

—Nos las arreglaremos bien —dije.

—Leah puede ir al instituto en bici, y el resto del tiempo lo suele pasar encerrada en su habitación. No consigo sacarla de allí, ya sabes..., que todo vuelva a ser igual. Y tiene algunas normas, pero ya te lo explicaré más adelante. Yo vendré todos los meses y...

—Tranquilo, no suena tan complicado.

No lo sería para mí, no en el mismo sentido en que lo había sido para él. Tan solo tendría que acostumbrarme a convivir con alguien, algo que no ocurría desde hacía años, y mantener el control. Mi control. El resto lo solucionaríamos sobre la marcha. Después del accidente, Oliver se había visto obligado a renunciar a ese estilo de vida despreocupado en el que habíamos crecido para hacerse cargo de la tutela de su hermana y empezar a trabajar en algo que no le gustaba, pero que le daba un buen sueldo y una estabilidad.

Mi amigo tomó aire y me miró.

—Cuidarás de ella, ¿verdad?

—Joder, claro que sí —aseguré.

—Vale, porque Leah..., ella es lo único que me queda.

Asentí y sobró una mirada para entendernos: para que él se quedase tranquilo y supiese que iba a hacer todo lo que estaba en mi mano para que Leah estuviese bien, y para que yo fuese consciente de que probablemente era la persona en la que Oliver más confiaba.

Sonriendo, Oliver alzó su copa en alto.

—¡Por los buenos amigos! —gritó.

Brindé con él y le di un trago al cóctel que acababan de servirnos. Era el último sábado antes de que Oliver se marchase a Sidney y lo había convencido a base de insistir para que saliésemos un rato por ahí. Habíamos acabado donde siempre, en Cavvanbah, un local al aire libre, casi a las afueras y cerca de la orilla de la playa. El nombre del sitio era el de la población aborigen de la zona y significa «lugar de encuentro», lo que en esencia resumía el espíritu y la identidad de Byron Bay. La caseta en la que servían las bebidas y las pocas mesas que había estaban pintadas de un azul isleño muy en sintonía con el tejado de paja, las palmeras y los columpios colgados del techo que servían de asientos alrededor de la barra.

—No puedo creer que vaya a irme.

Le di un codazo y él se rio sin humor.

—Solo será un año y vendrás todos los meses.

—Y Leah..., joder, Leah...

—Yo cuidaré de ella —repetí, porque llevaba diciéndole esa misma frase casi todos los días desde la mañana que le abrí la puerta y trazamos el plan—. Es lo que hemos hecho siempre, ¿no? Salir a flote, seguir adelante, esa es la clave.

Él se frotó la cara y suspiró.

—Ojalá aún fuese igual de sencillo.

—Lo sigue siendo. Eh, vamos a divertirnos. —Me levanté tras dar el último trago—. Voy a por dos copas más, ¿te pido lo mismo?

Oliver asintió y yo me alejé de la mesa haciendo un par de paradas para saludar a algunos conocidos; casi todos teníamos rela-

ción en una ciudad tan pequeña, aunque fuese superficial. Apoyé un codo en la barra y sonreí cuando Madison hizo un mohín tras servirles dos copas a los clientes que estaban al lado.

—¿Vienes a por más? ¿Estás intentando emborracharte?

—No lo sé. Depende. ¿Te aprovecharás de mí si lo hago?

Madison reprimió una sonrisa mientras cogía la botella.

—¿Tú querrías que lo hiciera?

—Sabes que, contigo, siempre.

Me tendió las copas mirándome fijamente.

—¿Te espero o tienes planes?

—Estaré por aquí cuando termines.

Oliver y yo pasamos el resto de la noche entre copas y recuerdos. Como esa vez que llamamos a su padre porque estábamos bebidos en la playa, y en vez de recogerlos y llevarnos a casa, decidió pintarnos en su cuadernillo, tirados en la arena de mala manera, para después fotocopiar el dibujo y pegarlo por las paredes de mi casa y de los Jones como recordatorio de lo idiotas que habíamos sido; Douglas Jones tenía un humor muy especial. O esa otra vez que terminamos metidos en un buen lío en Brisbane un día que pillamos maría, fumamos hasta que yo perdí la cabeza y, entre risas, lancé al mar las llaves del apartamento que teníamos alquilado. Oliver fue a buscarlas y se metió vestido en el agua, colocado, mientras yo me reía a carcajadas desde la orilla.

Por aquella época nos habíamos prometido que siempre viviríamos así, como en el lugar que nos había visto crecer, que era tan sencillo, relajado, anclado en la esencia del surf y la contracultura.

Miré a Oliver y reprimí un suspiro antes de acabarme el trago.

—Voy a irme, no quiero dejarla sola más tiempo —me dijo.

—De acuerdo. —Me reí cuando vi que se tambaleaba al levantarse, y él me enseñó el dedo corazón y dejó un par de billetes encima de la mesa—. Hablamos mañana.

—Hablamos —respondió.

Estuve un rato más por allí con un grupo de amigos. Gavin nos habló de su nueva novia, una turista que había llegado dos meses atrás y, al final, se quedaría por tiempo indefinido. Jake nos describió tres o cuatro veces el diseño de su nueva tabla de surf. Tom se limitó a beber y a escuchar a los demás. Yo dejé de pensar mien-

tras el local se vaciaba al caer la madrugada. Cuando el último se marchó, rodeé la caseta, abrí la puerta de atrás y me colé dentro.

—Recuérdame por qué tengo tanta paciencia.

Madison me sonrió, cerró la persiana y avanzó hacia mí con una sonrisa sensual curvando sus labios. Sus dedos se colaron por el dobladillo de mis vaqueros y tiraron de mí hasta que nuestros labios chocaron entreabiertos.

—Porque te compenso bien... —ronroneó.

—Refréscame un poco la memoria.

Le quité el pequeño top. No llevaba sujetador. Madison se frotó contra mí antes de desabrocharme el botón del pantalón y arrodillarse con lentitud. Cuando su boca me acogió, cerré los ojos, con las manos apoyadas en la pared de enfrente. Hundí los dedos en su pelo, instándola a moverse más rápido, más profundo. Estaba a punto de correrme cuando di un paso hacia atrás. Me puse un preservativo. Y luego me hundí en ella contra la pared, embistiéndola con fuerza, agitándome cada vez que la oía gemir mi nombre, sintiendo aquel momento; el placer, el sexo, la necesidad. Solo eso. Tan perfecto.

FEBRERO

(VERANO)

LEAH

Mantuve la mirada en mis manos entrelazadas mientras el vehículo avanzaba por el camino sin asfaltar y el sol del atardecer teñía el cielo de naranja. No quería verlo, no quería el color, nada que arrastrase recuerdos y sueños que había dejado atrás.

—No se lo pongas difícil a Axel, nos está haciendo un gran favor, eres consciente de eso, ¿verdad, Leah? Y come. Intenta estar bien, ¿vale? Dime que lo estás haciendo.

—Lo estoy intentando —respondí.

Siguió hablando hasta que frenó delante de una propiedad rodeada por palmeras y arbustos salvajes que crecían a su antojo. Apenas había estado un par de veces en casa de Axel y todo me pareció diferente. Yo era diferente. Durante el último año, había sido él quien se dejaba caer por nuestro apartamento de vez en cuando para pasar un rato. Cerré los ojos cuando un pensamiento me azotó de repente, ese que me gritaba que, si esto hubiese ocurrido antes, el mero hecho de compartir el mismo techo que él me habría provocado un cosquilleo en el estómago y un nudo en la garganta. Y en ese momento, en cambio, no sentía nada. Eso era lo que había ocurrido tras el accidente: el rastro que había dejado en mí, un vacío inmenso y desolador sobre el que era imposible construir algo, porque no existía ningún suelo donde poder hacerlo. Sencillamente, ya no «sentía». Tampoco quería volver a hacerlo. Era mejor vivir así, aletargada, que con dolor. A veces había picos, alguna subida inesperada, como si algo intentase abrirse paso dentro de mí, pero lograba controlarlo, terminaba por hacerlo. Era como tener delante una masa de pizza llena de imperfecciones y de protuberancias justo antes de decidirme a pasar el rodillo con fuerza hasta dejarla plana.

—¿Estás preparada? —mi hermano me miró.

—Supongo que sí —me encogí de hombros.

Tenía ganas de ir atrás en el tiempo tan solo para decirle a mi yo del pasado que era un gilipollas por pensar que «no sería tan complicado». Fue jodidamente complicado desde el primer minuto, cuando Leah puso un pie en mi casa y miró a su alrededor sin mucho interés. Tampoco había demasiado que ver: las paredes estaban desnudas y sin ningún cuadro a la vista, el suelo era de madera, al igual que casi todos los muebles, de diferentes colores y estilos, el salón estaba separado de la cocina por una barra y, según mi madre, la decoración era típica de un local de copas con aire isleño.

En cuanto Oliver se marchó con el tiempo justo para llegar al aeropuerto, empecé a sentirme incómodo. Ella no pareció percatarse mientras se mantenía callada y me seguía para que le enseñase la habitación de invitados.

—Aquí está. Puedes redecorarla o... —Cerré la boca antes de añadir: «O lo que sea que hagan las chicas de tu edad», porque ella ya no era una de esas jóvenes risueñas que recorrían Byron Bay con sus tablas de surf a cuestas y sus vestidos veraniegos. Leah se había alejado de todo aquello como si de algún modo el recuerdo la conectase con el pasado—. ¿Necesitas algo?

Me miró con sus inmensos ojos azules y negó con la cabeza antes de dejar la maleta sobre la cama pequeña y abrir la cremallera con la intención de empezar a sacar y colocar sus cosas.

—Para cualquier cosa, estaré en la terraza.

La dejé a solas y respiré hondo.

No iba a ser fácil, no. Dentro de mi caos, tenía una rutina muy marcada. Me levantaba antes del amanecer, tomaba una taza de café y salía a surfear o a darme un baño si no había olas; des-

pués me preparaba el almuerzo y me sentaba delante del escritorio para organizar el trabajo pendiente. Solía adelantar algo, un poco de aquí y otro tanto de allá, nunca lo hacía de una forma demasiado organizada a no ser que tuviese un plazo de entrega muy ajustado. Más tarde, llegaba la segunda y la última taza de café del día, normalmente mientras observaba el paisaje a través de la ventana. Aunque no se me daba mal cocinar, rara vez encendía el fuego para hacer algo, más por pereza que por otra cosa. Por la tarde todo seguía casi igual: más trabajo, más surf, más horas de silencio sentado en la terraza conmigo mismo, más paz. Después la hora del té, el cigarro de la noche y un rato de lectura o de música antes de irme a la cama.

Así que, el primer día que Leah llegó a casa decidí seguir mi rutina. Pasé la tarde trabajando en uno de los últimos encargos, concentrado en construir una imagen a base de líneas, en redondear, perfilar y detallar hasta lograr el resultado perfecto.

Cuando dejé el bolígrafo y me levanté, me di cuenta de que ella todavía no había salido de la habitación. La puerta seguía tal y como la había dejado yo, entornada. Me acerqué, golpeé con los nudillos y la abrí despacio.

Leah estaba escuchando música tumbada en la cama con el cabello rubio despeinado sobre la almohada. Apartó la mirada del techo y se quitó los auriculares mientras se incorporaba.

—Perdona, no te había oído.

—¿Qué escuchabas?

Pareció dudar, incómoda.

—Los Beatles.

Hubo un silencio tenso.

Me atrevería a decir que todo el mundo que conocía a los Jones sabía que su grupo de música preferido eran los Beatles. Yo recordaba veladas enteras en su casa bailando sus canciones y cantando a voz de grito. Cuando años más tarde empecé a hacerle compañía a Douglas Jones mientras pintaba en su estudio o en el jardín trasero, le pregunté por qué siempre trabajaba con música y él me contestó que era su inspiración; que nada nacía de uno mismo, ni siquiera la idea base, pero sí el cómo plasmarla. Me explicó que las notas le marcaban el camino y las voces le gritaban cada trazo. Por aquel entonces, yo solía imitar cada cosa que Dou-

glas hacía, admirado por sus pinturas y por su facilidad para sonreír a todas horas, así que decidí seguir sus pasos e intenté buscar mi propia inspiración, una que me traspasase la piel, pero jamás la encontré y, quizá por eso, a medio camino, terminé tomando un desvío inesperado que me llevó a hacerme ilustrador.

—¿Te apetece pillar alguna ola? —pregunté.

—¿Surfear? —Leah me miró tensa—. No.

—De acuerdo. No tardaré en volver.

Recorrí intranquilo los pocos metros que separaban mi casa del océano, fijándome en la bicicleta de color naranja que descansaba apoyada en la barandilla de madera de la terraza. Oliver la había dejado ahí tras descargarla del coche; era tan solo un objeto, pero un objeto que denotaba cambios que todavía no había asimilado.

Esperé, esperé y esperé hasta que llegó la ola perfecta. Entonces arqueé la espalda, coloqué bien los pies y me alcé; bajé por la pared de la ola y, una vez cogí impulso, giré para alejarme de la parte que se iba rompiendo antes de terminar en el agua.

Cuando regresé, la puerta de la habitación de invitados estaba cerrada. No llamé. Me di una ducha y luego fui a la cocina para hacer algo de cenar. Había ido a comprar el día anterior, algo que no solía hacer con frecuencia; al menos, no así, no una compra grande, pero había intentado tener algo de variedad en la nevera; solo sabía que a Leah le gustaban las piruletas de fresa, porque de niña siempre solía llevar una en la boca y, cuando se la terminaba, se pasaba horas mordisqueando el palito de plástico. Y también el pastel de queso que mi madre preparaba, aunque eso no era ninguna sorpresa, porque todo el mundo sabía que era el mejor del mundo.

Mientras cortaba en tiras algunas verduras variadas, me di cuenta de que ya no conocía a Leah tan bien como creía. Quizá nunca lo había hecho del todo. No a fondo. Ella había nacido cuando Oliver y yo teníamos diez años y nadie esperaba ya otra incorporación a la familia. Aún recuerdo perfectamente el primer día que la vi: tenía los mofletes redondos y rosados, unos dedos diminutos que se aferraban a cualquier cosa que encontrase cerca y el pelo tan rubio que parecía calva. Rose estuvo un buen rato explicándonos que, a partir de entonces, teníamos que cui-

darla y portarnos bien con la pequeña. Pero Leah se pasaba el día llorando o durmiendo, y nosotros estábamos más interesados en pasar las tardes en la playa, cazando bichos o jugando.

Cuando nos marchamos a Brisbane a estudiar en la universidad, ella acababa de cumplir ocho años. Cuando regresamos, tras pasar una temporada allí haciendo prácticas y trabajando, Leah tenía casi quince años y, a pesar de que veníamos a menudo, tuve la sensación de que había crecido de golpe, como si una noche se hubiese acostado siendo una niña y a la mañana siguiente se hubiese convertido en una mujer. Era alta y delgada, casi sin curvas, como una espiga. Había empezado a pintar durante mi ausencia, siguiendo los pasos de su padre, y un día cualquiera, cuando crucé el jardín y me paré delante del cuadro que estaba sobre el caballete, no pude evitar fijarme en las líneas delicadas, en los trazos que parecían vibrar llenos de color. Se me erizó la piel. Supe que esa pintura no podía ser de Douglas, porque tenía algo diferente, algo... que no podía explicar.

Ella apareció por la puerta trasera de la casa.

—¿Esto lo has hecho tú? —señalé el cuadro.

—Sí. —Me miró con cautela—. Es malo.

—Es perfecto. Es... distinto.

Ladeé la cabeza para mirarlo desde otro ángulo, absorbiendo los detalles, la vida que se palpaba, la confusión. Había pintado el paisaje que se alzaba enfrente: las ramas curvas de los árboles, las hojas ovaladas y los troncos gruesos, pero no era una imagen real; era una distorsión, como si hubiese cogido todos los elementos para agitarlos en una batidora dentro de su cabeza y después volver a soltarlos interpretándolos de otra manera.

Leah se sonrojó y se colocó delante del cuadro con los brazos cruzados. Su rostro angelical y dulce se frunció cuando me dirigí una dura mirada de reproche.

—Te estás quedando conmigo.

—No, joder, ¿por qué piensas eso?

—Porque mi padre me pidió que pintara eso —señaló los árboles—, y yo he hecho esto, que no se parece en nada. Empecé bien, pero luego..., luego...

—Luego hiciste tu propia versión.

—¿De verdad lo crees?

Asentí antes de sonreírle.

—Sigue haciéndolo igual.

Durante los siguientes meses, cada vez que iba de visita a casa de mis padres o de los Jones, pasaba un rato con ella echándoles un vistazo a sus últimos trabajos. Leah era..., era ella misma, no había nada parecido, no tenía influencias, sus trazos eran tan suyos que yo podría haberlos reconocido en cualquier lugar. Era luz y había algo que me mantenía a su alrededor, como si sus pinturas me atasen a seguir mirándolas, descubriéndolas...